

## Las apropiaciones

1. A pesar de la unidad y unicidad de la actividad *ad extra* de las tres Personas divinas, se atribuyen de manera especial a cada una de las Personas obras determinadas. Se llama apropiación a aquella manera de expresarse que atribuye a una determinada Persona propiedades esenciales y sustanciales comunes a las tres Personas, u obras divinas *ad extra* ejecutadas por las tres Personas. Este modo de expresión se encuentra en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres, pero ha sido elaborado y explicado por la Teología escolástica de la Edad Media.

2. La apropiación no es un procedimiento arbitrario. Antes bien, se funda intrínsecamente en la peculiaridad de la Persona divina a la cual se atribuye una propiedad o una actividad. Por consiguiente, es un procedimiento apto para hacer destacar con más precisión y claridad la peculiaridad personal. La apropiación presenta en cada caso a una determinada Persona no sólo en su ser autocéntrico, sino también en su actividad. Las apropiaciones, empleadas ya por la Escritura y los Santos Padres, nos ayudan a formarnos una idea viva de cada una de las Personas, así como de sus relaciones con el mundo.

3. Las principales apropiaciones son las siguientes: al Padre, en cuanto que es origen y fuente de las dos otras Personas, se le atribuye la eternidad, la unidad y el poder; al Hijo, en cuanto que es palabra e imagen de todos los tesoros de la ciencia divina, se le atribuyen la sabiduría, la verdad, la hermosura y la igualdad; al Espíritu Santo, en cuanto que es el lazo amoroso y personal del Padre y del Hijo, respectivamente, la consumación de la vida divina, se le atribuyen la bondad, la santidad, la delicia y la beatitud.

Con respecto a la actividad de Dios en la obra de la Creación, se le atribuye al Padre la causalidad eficiente (*ex quo*); al Hijo, la causalidad ejemplar (*per quem*), y al Espíritu Santo, la causalidad final (*in quo*). Véase *Rom.* 11, 36, así como el final del Canon de la Misa. Además se atribuye al Padre la decisión, al Hijo la ejecución y al Espíritu Santo la consumación; asimismo se atribuye al Padre la Creación, al Hijo la Redención y al Espíritu Santo la Santificación.

4. Para comprender debidamente las apropiaciones, especialmente las que se refieren al Espíritu Santo, es preciso tener en cuenta que Él es—como veremos—la realización y revelación intradivinas del amor de Dios, de la unión entre el Padre y el Hijo. Como quiera que el amor de Dios es el fundamento de todas las obras divinas, tanto de la Creación como de la Redención, mientras que por otra parte las obras divinas *ad extra* se ejecutan en el orden de los orígenes intradivinos, tales obras se atribuyen con razón al Espíritu Santo. En numerosos pasajes de la Sagrada Escritura encontramos esta atribución. Según las descripciones de la Escritura, el amor de Dios se halla como estancado en el Espíritu Santo y fluye desde allí en virtud de un designio voluntario de Dios, desbordándose más allá de las márgenes divinas. Al Espíritu Santo se le atribuye la producción de la naturaleza humana, a la cual fué enviada la Palabra de Dios (*Mt.* 1, 18-20; *Lc.* 1, 35). Cristo estaba lleno del Espíritu Santo. Fué el Espíritu Santo el que le impulsó (*Lc.* 4, 1; 14, 18 y sigs.; 10, 21). Por ser el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo es también el Espíritu de la Iglesia, del cuerpo de Cristo. Él es el que efectúa en la Iglesia los diversos dones de la Gracia destinados a fomentar la vida eclesiástica (*I Cor.* 12, 4). El Espíritu Santo es quien habla por medio de los Profetas y el que ha movido a los escritores del Nuevo Testamento a redactar sus escritos (*II Pet.* 1, 21; Credo).

Santo Tomás de Aquino observa que en el símbolo de la fe la confesión de fe en la Iglesia está a continuación de la confesión de fe en el Espíritu Santo, por ser Éste el que da vida y une a la Iglesia (*Sent.* 3, dist. 25, q. 1 ad 2). «Donde opera el Espíritu de amor de Dios desaparece la separación y el aislamiento, deja de existir el yo solitario e independiente y en su lugar aparece el «nosotros» amante y amoroso. Por eso tiene que surgir de Cristo, cabeza henchida de espíritu, una nueva comunidad cuya alma, cuyo principio vital y corazón es el Espíritu Santo»: el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza. «Como quiera que esta comunidad no es otra cosa que la Iglesia misma, fundada objetivamente en la Encarnación de Cristo, cabeza de la Iglesia, a quien Cristo emancipó del pecado y del poderío de la muerte por medio de la Cruz, la cual fué instituída por el Señor como comunidad visible y que apareció el día de Pentecostés insuflando el Espíritu Santo, por todo esto la Iglesia y el Espíritu pertenecen uno a otro tan íntimamente como lo confesamos exteriormente en el símbolo de la fe» (Fr. Hofmann, *Ich glaube an den Heiligen Geist*, pág. 14, en *Ich glaube*, editado por R. Grosche, 3.<sup>a</sup> ed., 1937). «En la comunidad, primeramente, y por medio de su órgano, opera el Espíritu Santo, el cual en otros tiempos habló por medio de los Profetas, como Espíritu de verdad, para preservarla de todo error, haciendo partícipe en la verdad al individuo particular unido con ella, comunicándole la fuerza necesaria para vivir conforme a esta verdad y para confesarla públicamente (Gracia confirmante); como Espíritu de santidad, para purificarla y convertirla en esposa santa e inmaculada, por medio de los sacramentos, en los cuales, como en recipientes exquisitos, se conservan los méritos de Cristo para ser repartidos entre los miembros (*Eph.* 5, 25 y sigs.); como Espíritu de amor, para juntar a todos los miembros en una unidad universal fundada en Cristo, sobrepasando toda clase de fronteras naturales separatorias, la raza, el pueblo, el sexo, la posición social (véase *I Cor.* 12, 13; *Gál.* 3, 28), y señalando a cada uno de los miembros de esta unidad la función que ha de desempeñar en el servicio de la totalidad, conforme a su modo de ser y de pensar» (*locución citada*, pág. 15 y sigs.). (Véase el tratado sobre la Iglesia.)

El particular participa en la obra de la Redención de Cristo en tanto que es miembro de la Iglesia, del Pueblo de Dios. Se atribuye al Espíritu Santo la incorporación a la Iglesia, que ha sido instituída por el Dios uno y trino, incorporación que se verifica por medio de la fe y del bautismo. El Espíritu Santo conduce

los hombres a Cristo. Él es el que opera la renovación y el renacimiento (*Io.* 14, 12 y sigs.; 16, 5 y sigs.; *Tít.* 3, 5). Por otra parte, la unión con Cristo tiene como resultado una nueva presencia del Dios uno y trino (véase el § 50 y el § 49). La actividad de este Dios se atribuye también, de manera especial, al Espíritu Santo. Del mismo modo que es alma y corazón de la Iglesia, así también es *Él dulcis hospes animae*, el nuevo principio de vida, también del particular. El Espíritu Santo produce y testifica nuestra filiación divina, es el garante de nuestra salvación, de nuestra resurrección (véase el § 44, 2, *bb*), la luz que ilumina nuestro espíritu y el fuego que inflama nuestro corazón (secuencia y oración de Pentecostés). En Efesios 2, 18, se resume todo esto por medio de una fórmula breve: «Pues por Él tenemos abierta la entrada entrambos en un mismo espíritu al Padre.» «Participando en la vida de Cristo glorioso, que se ha convertido en Espíritu dispensador de la vida (*I Cor.* 15, 45), participamos en su Espíritu, en el Espíritu Santo. Como quiera que Éste es una acción amorosa de abandono al Padre y (véase § 58) al Hijo, o para emplear una atrevida expresión de San Gregorio de Nisa (en: *Liber quod non sunt tres dii*), hallándose el Espíritu Santo en un estado de continuo movimiento hacia el Padre y el Hijo (naturalmente, aquí no se trata de un proceso temporal, ni de una separación ni evolución, sino de una acción en cuanto tal), somos arrastrados por la corriente dinámica los que estamos unidos con Él. El que está lleno del Espíritu Santo se mueve incesantemente hacia el Padre, bien que no perciba conscientemente este movimiento (véase el tratado sobre la Gracia y sobre la Confirmación).

La misma actividad se atribuye unas veces a Cristo, otras veces al Espíritu Santo; la razón de ello consiste en que Cristo opera en el Espíritu Santo, mientras que Éste obra por medio de Cristo. Para explicar y fundamentar lo que venimos exponiendo, vamos a presentar algunos textos de los Padres:

Novaciano, *De Trinitate*, 29: «El orden de la razón y el poder sublime de la fe nos advierten que después de exponer las palabras y escritos relativos al Señor debemos anunciar la fe en el Espíritu Santo, al cual fué prometido a la Iglesia, habiéndola sido concedido en el momento oportuno. Éste es el que fortifica el corazón y el entendimiento de los hombres, el que esclarece los misterios del Evangelio y de las obras de Dios. Los que habían sido fortalecidos por Él no han temido en el nombre del Señor ni cadena ni prisiones. Más aún: incitaron a los poderes terrenos a que les atormetasen, porque habían recibido de Él coraza y fuerza. En efecto, llevaban dentro de sí los dones que este Espíritu ha entregado y consagra-

do a la Iglesia, su esposa, para adorarla. Este es el que elige en la Iglesia a los portadores de su espíritu, el que instruye a los maestros, el que enseña los idiomas, el que hace surgir fuerzas regeneradoras, el que obra milagros, el que comunica el don de discernimiento de los espíritus, el que otorga poder para gobernar, el que inspira las decisiones buenas, comunicando y otorgando otros dones de la Gracia. De esta manera eleva a la Iglesia totalmente y en todas partes a un grado supremo de perfección. Éste es el que después del bautismo vino al Señor bajo la forma de paloma, permaneciendo por encima de Él. Sólo en Cristo habita totalmente y con absoluta plenitud, sin limitación de medida o de participación. A Cristo le ha sido comunicado y enviado superabundantemente con toda su plenitud. De esta manera, los otros podrán participar en sus dones. Porque toda la fuente del Espíritu Santo permanece en Cristo, para que los dones y las gracias pasasen por Él como a modo de por venas. Pues el Espíritu Santo habita en Cristo con superabundante riqueza. Isaías lo había anunciado ya: Sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé. Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé (Is. 11, 2-3)... Éste es el que doma las concupiscencias insaciables, el que vence los deseos inmoderados, el que extingue el fuego de las pasiones ilícitas, el que somete las tendencias impetuosas, el que echa fuera la embriaguez, el que condena la avaricia y aniquila el comportamiento desordenado, despertando sentimientos de verdadero amor, comunicando fuerza a los sentimientos, alejando de la Iglesia las herejías, esclareciendo la regla de la verdad, dominando a los herejes, excluyendo a los impíos, manteniendo puro el Evangelio... Hace que los Apóstoles den testimonio de Cristo, en los mártires manifiesta la firmeza de su fe divina, en las vírgenes se convierte en sello de castidad noble y recatada, para los demás cristianos conserva pura y casta la verdadera doctrina del Señor. Destruye a los herejes, y a los que yerran les conduce al buen camino, convence a los infieles, desenmascara a los hipócritas y hace que se conviertan aún personas indignas. De esta manera conserva a la Iglesia en la santidad de virginidad perenne, incommovible e inmaculada» (K. Schlütz, *Das Zeugnis der Urkirche*, 1936, 48-50).

San Ireneo escribe en su obra *Contra las Herejías* (lib. 4, cap. 38; BKV, II, 141. Véase también el pasaje citado en el párrafo 46, 1, b)): «En Dios aparecen al mismo tiempo el poder, la sabiduría y la bondad: el poder y la voluntad, fundando y creando voluntariamente lo que todavía no existía; su sabiduría, ordenando armoniosamente y con método todo lo que es. Pero a causa de su infinita bondad, algunos seres reciben crecimiento, duran a lo largo del tiempo y participan en la gloria de lo increado, otorgándoles Dios sin envidia el bien. En tanto que han sido hechos, no son increados; pero en tanto que subsisten durante largas eternidades, reciben la fuerza de lo increado, puesto que Dios en su gracia les otorga el don de la duración eterna. Y de esta manera, Dios se reserva siempre la supremacía, porque Él solamente, el Increado, existe antes que todo lo demás y es la causa de todo lo que existe. Todo lo demás queda, pues, sometido a Dios. El obedecer a Dios implica duración e incorruptibilidad, y la incorruptibilidad es por su parte la gloria del Increado. Gracias a este orden, a esta armonía y providencia, el hombre creado se convierte en imagen y semejanza del Dios increado queriéndolo y deci-

diéndolo el Padre, operándolo y formándolo el Hijo, otorgando el Espíritu Santo alimento y crecimiento, y el hombre progresa lentamente y alcanza perfección, es decir, llega a las cercanías de lo increado. Porque perfecto es sólo el Increado, es decir, Dios. El hombre tuvo que ser hecho primeramente, luego tuvo que crecer, más tarde tuvo que ser glorificado y finalmente tuvo que ver a Dios. Porque la visión de Dios es nuestra meta y la causa de nuestra incorruptibilidad, y esta incorruptibilidad nos acerca a Dios. Son en absoluto insensatos los que no esperan hasta que se termine el tiempo del crecimiento, atribuyendo a Dios las debilidades de su naturaleza. Estos insaciables y desagradecidos ni conocen a Dios, ni se conocen a sí mismos, si es que no quieren ser lo que son primeramente: hombres sometidos al sufrimiento; e infringiendo la ley del género humano pretenden ser semejantes al Dios creador antes de haber sido hombres, negando toda diferencia entre el Dios increado y el hombre que ha surgido en el tiempo.»

En el libro *Demonstratio praedicationis apostolicae*, primera parte principal, sección primera (BKV, II, 587-589), leemos lo siguiente: «El estado de cosas que de ello se deduce es tal como sigue: existe un solo Dios. Padre increado, invisible, creador de todo, no hay Dios alguno que esté sobre Él, ni hay Dios alguno que esté por debajo de Él. Dios es un ser racional y por eso ha creado mediante la Palabra (razón) todo lo que existe; Dios es también Espíritu y, por consiguiente, lo ha ordenado todo mediante el Espíritu, como dice el Profeta: Por medio de la Palabra de Dios han sido creadas las fortalezas del cielo, y por medio del Espíritu, toda su fuerza. Puesto que la Palabra crea, es decir, produce los cuerpos y comunica subsistencia a todo lo producido, mientras que el Espíritu ordena las diferentes fuerzas y las da forma; con razón llamamos Hijo a la Palabra y Sabiduría al Espíritu. También su Apóstol Pablo dice adecuadamente sobre esto: Un Dios, que está como Padre sobre todos, y que está con todos y en todos nosotros. Porque el Padre está por encima de todos; en cuanto Padre está por encima de todos; en cuanto Palabra está con todos, puesto que mediante ella el Padre lo ha creado todo; y está en todos nosotros en cuanto Espíritu que exclama: Abba, Padre, haciendo a los hombres semejantes a Dios. Ahora bien: el Espíritu muestra la Palabra, y por eso los Profetas anunciaron al Hijo de Dios, mientras que la Palabra hace que el Espíritu sople, y por eso es Él el portavoz de los Profetas y conduce a los hombres hasta el Padre. Y en esto consiste el verdadero orden de nuestra fe, el fundamento del edificio y la seguridad del camino: Dios el Padre, increado, infinito, creador del universo. Este es el primer capítulo principal de nuestra fe. El segundo capítulo principal es luego la Palabra de Dios, el Hijo de Dios, Cristo Jesús nuestro Señor, que se ha aparecido a los Profetas según la forma de sus profecías y según los designios de la providencia del Padre, Él, por medio de quien ha sido hecho todo lo que existe. Él mismo se hizo hombre entre los hombres, al fin de los tiempos, para consumarlo todo perfectamente. Se hizo invisible y corporal para vencer a la muerte y para mostrar la vida y para establecer comunidad y paz entre Dios y los hombres. El tercer capítulo principal es luego el Espíritu Santo, por medio del cual han predicado los Profetas y los Padres han aprendido las cosas divinas, y por medio del cual los justos progresaron por el camino de la justicia, y el cual en la plenitud de los tiempos ha sido de nuevo derramado sobre los hombres, en toda la tierra, volvien-

do a crear a los hombres para Dios. Por eso nuestra regeneración en el bautismo se verifica por medio de esas tres doctrinas, en tanto que el Padre nos perdona para que reconozcamos mediante su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que han recibido y llevan dentro de sí al Espíritu Santo son conducidos a la Palabra, es decir, al Hijo. El Hijo, por su parte, les conduce al Padre y el Padre les hace participar en la incorruptibilidad. Por consiguiente, sin el Espíritu no se puede ver la Palabra de Dios, y sin el Hijo nadie puede llegar hasta el Padre. Ahora bien: el conocimiento del Hijo de Dios (se obtiene) por medio del Espíritu Santo; y el Hijo, por su parte, en tanto que dispensador comunica el Espíritu Santo, según la benevolencia del Padre, a aquellos a quienes ha de ser comunicado de acuerdo con la voluntad del Padre y como el Padre lo desee».

San Atanasio escribe en su primera carta al obispo Serapión de Thmuis (núm. 23-25; BKV, I, 435/9): «¿Cómo puede ser uno de entre todas las cosas y pertenecer a aquellos que le reciben Aquél que no es santificador ningún otro y que no participa en ninguna santificación, sino que comunica la santificación, siendo santificadas por Él todas las criaturas? Porque los que afirman esto tendrán que afirmar que también el Hijo, por medio del cual ha sido hecho todo lo que existe, es uno de entre todas las cosas. Se dice de Él que es el Espíritu vivificante; porque está escrito que Aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en vosotros. Y el Señor es la vida y el creador de la vida, como dice San Pablo. Y el Señor mismo nos dice: El agua que yo le daré se convertirá en Él en una fuente que salte hasta la vida eterna. Dijo esto del Espíritu Santo que habían de recibir todos los que creen en Él. Las criaturas reciben de Él la vida. Ahora bien: ¿qué semejanza tiene con las cosas creadas el que no participa en la vida, mientras que otros participan en Él, siendo Él el que comunica la vida? O, ¿cómo podrá pertenecer a las criaturas, las cuales reciben en Él la vida por medio del Logos? Se dice del Espíritu que es unción y sello. Pues Juan escribe: Y en cuanto a vosotros, la unción que habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os instruya, sino que como su unción—su Espíritu—os instruirá sobre todo... Y en el Profeta Isaías está escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha unguido. Y Pablo dice: Después que os habéis hecho creyentes, habéis sido ungidos en Él para el día de la Redención. Las criaturas son selladas y ungidas por El e instruidas en todo. Ahora bien: si el Espíritu es unción y sello, por medio de los cuales el Logos lo unge y sella todo, ¿qué semejanza o propiedad tienen de común la unción y el sello con las cosas que son ungidas y selladas? Por consiguiente, tampoco desde este punto de vista pertenece Él a la totalidad de las cosas; porque el sello no puede pertenecer a las cosas selladas y la unción no puede pertenecer a las cosas ungidas, sino que es propio del Logos que sella y unge. Porque el unguente posee el olor y fragancia del que unge, y los ungidos que le reciben pueden decir: Somos la fragancia de Cristo. Y el sello lleva la imagen de Cristo, el cual sella, y los que son sellados y participan en ello, son formados según Él, como dice el Apóstol: Mis hijos, a causa de los cuales sufro de nuevo dolores de parto, hasta que Cristo alcance forma en vosotros. De esta manera sellados tomamos parte en la naturaleza divina, como dice Pedro, y de este modo la Creación entera participa en el Logos.

Se dice, además, que todos participamos en Dios por medio del Espíritu. ¿No sabéis, se nos ha dicho, que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá; porque el templo de Dios es santo, y eso sois vosotros. Ahora bien: si el Espíritu Santo fuese una criatura, entonces no recibiríamos por medio de Él ninguna clase de comunión con Dios; antes bien, seríamos unidos con una criatura, y nos distanciáramos de la naturaleza divina puesto que no participaríamos en ella en absoluto. Ahora bien: puesto que se ha dicho de nosotros que participamos en Cristo y en Dios, queda demostrado con ello que el unguente y el sello en nosotros no pertenece a la naturaleza de las cosas, sino a la naturaleza de Cristo, el cual nos une con el Padre mediante el Espíritu que está en Él. Esto es lo que enseña Juan, como ya se expuso arriba, cuando escribe: En esto conocemos que permanecemos en Dios y Dios en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu. Ahora bien: si participamos en la naturaleza divina mediante la participación en el Espíritu, sólo un loco podrá afirmar que el Espíritu tiene una naturaleza creada, y no la naturaleza de Dios. Por eso son deificados aquellos a quienes viene. Pero si Él deifica, está fuera de duda que su naturaleza es divina. Con más claridad se nos dice en el Salmo 103 para refutar esta herejía: Si les quitas el espíritu, mueren y vuelven al polvo. Si mandas tu espíritu, se recrean, y así renuevas la faz de la tierra. Pablo escribe a Tito: Nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que abundantemente derramó sobre nosotros, por Jesucristo, nuestro Salvador. Ahora bien: si el Padre lo crea y regenera todo mediante el Logos en el Espíritu Santo. ¿qué semejanza o qué afinidad habrá entre el Creador y la criatura? O ¿cómo podría ser una criatura Aquél en quien todo ha sido creado? Porque de tal blasfemia se deriva también una blasfemia contra el Hijo; por eso, los que afirman que el Espíritu Santo es una criatura, tienen que afirmar que el Logos, por quien todo ha sido creado, es también criatura. Se dice del Espíritu que es imagen del Hijo, y es en realidad tal imagen; porque a los que ha elegido, los ha destinado a la igualdad con la imagen del Hijo. Como quiera que, según lo que conceden, el Hijo no es criatura, tampoco lo será la imagen de Éste. Porque tal como es la imagen, así tiene que ser Aquél de quien es la imagen. Por eso es justo y recto no decir que el Hijo es criatura, puesto que es la imagen del Padre. Por consiguiente, el que cuenta al Espíritu entre las criaturas, tiene que contar al Hijo entre las mismas, injuriando así al Padre, ya que el Hijo es su imagen.

De lo dicho se deduce que el Espíritu es distinto de las criaturas; queda demostrado que es propio del Hijo y no es ajeno a Dios. Porque en las exposiciones precedentes hemos demostrado que es insensata e insolente su sofística pregunta: Si el Espíritu viene de Dios, ¿por qué no se dice también de Él que es Hijo? No obstante, vamos a demostrar también esto ahora. Bien que en las Escrituras no se diga del Espíritu que es Hijo de Dios, sino Espíritu de Dios; se afirma, empero, de Él que está en Dios y que viene de Dios, como escribe el Apóstol. Ahora bien: si Hijo posee la esencia del Padre, por venir Éste, será propio del Hijo, según la esencia, el Espíritu de quien se dice que viene de Dios. En efecto, lo mismo que del Señor, que es Hijo, se dice del Espíritu que es Espíritu de la filiación. Y lo mismo que el Hijo es sabiduría y verdad, así también se dice del Espíritu que es sabiduría y verdad. Además, el Hijo es fuerza de



Dios y señor de la gloria; y del Espíritu, por su parte, se dice que es Espíritu de la fuerza y de la gloria. La Escritura habla de los dos de esta manera. Pablo escribe a los Corintios: Si hubiesen conocido la (verdad), nunca hubieran crucificado al señor de la gloria. Y en otro pasaje: Pues no habéis recibido el espíritu de siervos, para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción. Y en otro lugar: Envió a Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: Abba, Padre. Y Pedro escribió: Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. Y el Señor mismo dice que el Espíritu es el Espíritu de la verdad y el Consolador; de lo cual se deduce que en Él la trinidad es perfecta. En Él glorifica el Logos la Creación, en tanto que la conduce al Padre, deificándola y adoptándola. Ahora bien: lo que une la Creación con el Logos no puede ser criatura, y Aquél que convierta la criatura en hijo, no es ajeno al Hijo, porque de lo contrario habría que buscar a otro Espíritu, para que el primero fuese unido por el segundo con el Logos. Pero esto carece de sentido. Por lo tanto, hay que decir que el Espíritu no pertenece a las criaturas, sino que es propio de la divinidad del Padre, y mediante Él deifica el Logos a las criaturas. Ahora bien: Aquél por medio del cual es deificada la creación no puede estar fuera de la divinidad del Padre.»

San Dídimo el Ciego escribe en el segundo libro de su obra *Sobre la Trinidad*, cap. 1: «El Padre ha comenzado mediante la decisión de su benevolencia; el Unigénito ha creado el mundo; el Espíritu de Dios le ha santificado, y mediante la santificación le ha perfeccionado, iluminado, confirmado, provisto de vida, estando enteramente en todo y en cada uno, habiendo sido recibido por todo, a causa de su bondad, pero sin dividirse, sin alejarse y sin cambiar. Antes bien, infunde a todos la vida, sin disminuir y sin dividirse; y sin que su pureza se contamine por el cuerpo que lo ilumina todo de modo divino y hace que en todas partes aumenten la santidad, el amor, la paz, la sabiduría, la alegría, la seguridad y todo el bien, del mismo modo que Él es una irradiación que procede del origen paternal, Él, por medio del cual y por cuya amor Dios Padre, con quien está juntamente en el Cielo, se acerca a nosotros, trata con nosotros y permanece en nosotros.» (Véase H. Schell, *Das Wirken des Dreieinigen Gottes*, 1885, 111; pueden verse allí mismo muchos otros textos de los Padres.)

San Basilio, *De Spiritu Sancto*, 26, 61, declara: «Lo mismo que la totalidad está en las partes, así también habita el Espíritu mediante sus dones en los miembros particulares adornados con diferentes dones, formando todos el cuerpo de Cristo en la unidad del Espíritu. Nosotros estamos en el Espíritu del mismo modo que las partes están en la totalidad. Porque todos hemos sido bautizados en un mismo cuerpo para un mismo Espíritu.»

San León el Grande (*Sermón 76*; BKV, II, 220-223) expone lo siguiente: «Queridísimos míos: Dejemos que arraige en nosotros, para nuestra Salud, la fe de que toda la Trinidad posee simultáneamente la misma fuerza, la misma majestad y la misma naturaleza, de que no obra separadamente, de que no es separable en su amor y no es distinta en su poder, de que juntamente lo llena todo y lo encierra todo en sí. Lo que es el Padre, eso mismo es el Hijo y el Espíritu Santo. La verdadera divinidad

no puede ser en ninguno de ellos ni mayor ni menor. Nuestra fe tiene que pensar la esencia divina de tal modo que las tres Personas no se conviertan en una sola persona, a pesar de que su naturaleza idéntica conserva en todo la unidad. Queridísimos míos, si efectivamente nos hemos apropiado esta fe, entonces no podemos pensar que la repartición de las gracias comenzó con el descenso del Espíritu Santo sobre los discípulos del Señor el día de Pentecostés; tal repartición se continuó en esta ocasión en mayores proporciones. También los patriarcas, los profetas, los sacerdotes, y todos los fieles, que vivieron en tiempos pasados, fueron santificados por el mismo Espíritu y estaban llenos de Él. Sin su gracia nunca se instituyeron sacramentos ni se celebraron misterios. Así, pues, la fuerza de la gracia ha sido siempre la misma, bien que no haya sido siempre idéntica la medida de los dones.

También los bienaventurados Apóstoles poseían el Espíritu Santo antes de la Pasión del Señor. Aun en las obras del Salvador se manifestó la fuerza de su actividad. Cuando el Señor comunicó a sus discípulos el poder de curar enfermedades y de expulsar demonios, no hizo más que conferirles la fuerza del mismo Espíritu mediante el cual el Señor mismo dominaba sobre los demonios. Los judíos impíos negaban que Jesús dispusiese de tal poder y atribuían a Satanás sus acciones divinas y misericordiosas. A causa de esta blasfemia tuvieron que oír el juicio condenatorio del Señor: Por esto os digo: Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero. De esto se deduce con claridad que sin la invocación del Espíritu Santo no hay perdón de los pecados, que sin Él nadie puede confesar provechosamente su culpa ni puede orar debidamente, en conformidad con lo que dice el Apóstol: No sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables.

Nadie puede decir: Señor Jesús, si no es en el Espíritu Santo. Tener que carecer de Él es un asunto peligroso y mortal y ocasiona la muerte, puesto que nadie puede obtener remisión de los pecados si es que el Abogado le abandona. Por consiguiente, queridísimos míos, todos los discípulos que creían en Jesús llevaban ya al Espíritu Santo dentro de sí mismos (aun antes del descenso de Éste). Y los Apóstoles recibieron ya el poder de perdonar los pecados cuando el Señor, después de su resurrección, apareció entre ellos, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados; a quienes se los retuvierdes les serán retenidos. Pero para alcanzar la perfección que había sido destinada para los discípulos, estaban en reserva mayores dones y una inspiración más potente. Por medio de ello habrían de recibir lo que todavía no poseían, siendo a la vez capacitados para apropiarse de mejor modo y manera lo recibido. En este sentido dijo el Señor: Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podeís llevarlas ahora, pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras; porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer. ¿Qué quiere decir el Señor cuando promete el Espíritu Santo a sus discípulos, bien que acaba de decirles: Todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer? ¿Por qué dice a pesar de ello: Muchas cosas

tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa. Acaso quería decir el Señor con ello que su saber era inferior o que había oído del Padre menos que el Espíritu Santo, a pesar de que Él mismo es precisamente la verdad, y el Padre y el Espíritu Santo no pueden decir y enseñar sin la Palabra, diciendo por consiguiente: Tomará de lo mío y os lo dará a conocer, porque el Padre y el Hijo confieren lo que el Espíritu recibe? No se trataba de anunciar una nueva verdad y de predicar una nueva doctrina con aquellas palabras, sino de aumentar la capacidad de comprensión de los que habían de instruir. Se trataba de aumentar con ellas aquel amor constante que expulsa el miedo de sí y no se estremece ante la ira de los perseguidores. Efectivamente, después que recibieron de nuevo y superabundantemente el Espíritu Santo, siendo henchidos con sus dones, la voluntad de los Apóstoles se hizo más fogosa y su fuerza se tornó más potente. Partiendo del conocimiento de la doctrina, pasaron a soportar pacientemente toda clase de sufrimientos: Ninguna tormenta podrá atemorizarlos. La fe les llevó con pasos victoriosos a través del oleaje desencadenado de los tiempos, a través del odio del mundo. Despreciando la muerte, llevaron el Evangelio de la verdad a todos los pueblos».

En el siglo IX, San Juan Damasceno resume del modo siguiente el pensamiento de los Padres griegos (*Sobre la fe ortodoxa*, I, 12; BKV, 35 y sigs.): «Se dice de Dios que es entendimiento, razón, espíritu, sabiduría y fuerza, puesto que Él ha creado todas estas cosas, siendo inmaterial, creador universal y omnipotente. Estos predicados se dicen conjuntamente con toda la Divinidad (la negación lo mismo que la afirmación), y se dicen de cada una de las tres Personas de la santa Trinidad, idénticamente, del mismo modo, sin diferencia. Porque cualquiera que sea la Persona en que pienso, Ella es Dios perfecto y esencia perfecta. Tomo y considero a las tres Personas juntas; entonces sé que las tres son un Dios perfecto. Porque la Divinidad no se compone de partes, sino que es un Ser perfecto, indiviso en tres Perfectos. Si pienso en la relación mutua de las Personas, entonces sé que el Padre es sol, fuente de bondad, abismo de esencia, razón, sabiduría, fuerza, luz y divinidad, fuente engendradora y productora del bien oculto en ella. Es, pues, entendimiento, abismo de razón, engendrador de la Palabra y, por medio de la Palabra, productor del Espíritu revelador, y para decirlo brevemente, sólo el Hijo es Verbo, sabiduría, fuerza y voluntad del Padre, la única fuerza que precede a la creación de todas las cosas, que ha sido engendrado como Persona perfecta por una Persona perfecta, tan como sólo lo sabe Aquél de quien se dice que es Hijo y lo es efectivamente. Y el Espíritu Santo es la fuerza del Padre que revela las cosas ocultas de la Divinidad, la cual procede del Padre mediante el Hijo, tal como Él mismo lo sabe, no por engendramiento. Por eso el Espíritu Santo es el consumidor de todo lo creado. Todo lo que pertenece al Padre causante, a la fuente, al engendrador, tiene que ser atribuido solamente al Padre. Pero todo lo que pertenece al Hijo causado (principiado), engendrado, al Logos, a la fuerza precedente, a la voluntad, a la sabiduría, tiene que ser atribuido al Hijo. Por otra parte, todo lo que pertenece a la fuerza causada, procedente, revelante y consumidora, tiene que ser atribuido al Espíritu Santo. El Padre es causa y fuente del Hijo y del Espíritu Santo, pero es Padre sólo del Hijo, y productor del Espíritu Santo. El Hijo es hijo, verbo, sabiduría, fuerza, imagen, resplandor,

impronta del Padre, procediendo del Padre. Pero el Espíritu Santo no es Hijo del Padre, es Espíritu del Padre, porque procede del Padre—sin el Espíritu no hay actuación alguna—, pero también Espíritu del Hijo, no porque sale de Él, sino porque sale del Padre mediante Él. En efecto, sólo el Padre es origen».

En la Edad Media, Ricardo de San Víctor ha descrito admirablemente la actividad del Espíritu Santo en una obra titulada *De Spiritu Sancto*.

Santo Tomás de Aquino describe la actividad del Espíritu Santo en la *Summa contra Gentes* (l. IV, cap. 22. BAC, págs. 689-691).

«Consideradas, pues, aquellas cosas que, al decir de las Escrituras, realizará Dios en nosotros por el Espíritu Santo, es necesario estudiar de qué manera somos impulsados hacia Dios por el Espíritu Santo.

Y, en primer lugar, lo más propio de la amistad parece ser el conversar en compañía del amigo. Ahora bien: la conversación del hombre con Dios consiste en su contemplación, como ya el Apóstol decía: «Nuestra conversación está en el cielo. Luego, como el Espíritu Santo nos hace amadores de Dios, consiguientemente somos constituídos en contempladores de Dios por el Espíritu Santo. Por eso dice el Apóstol: «Todos nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor».

También es propio de la amistad que uno se deleite en presencia del amigo y goce en sus palabras y obras, y en él encuentre consuelo en todas las angustias, de aquí que acudimos a los amigos, sobre todo en la aflicción, en busca de consuelo. Por consiguiente, como el Espíritu Santo nos da la amistad de Dios y hace esté en nosotros y nosotros en Él, como se ha demostrado (c. prec.), es lógico que nos gocemos de Dios y recibamos consuelo por el Espíritu Santo contra todas las adversidades y asechanzas del mundo. Por eso en el salmo se dice: «devuélveme el gozo de tu salvación y confírmame en el Espíritu primero». Y en la Epístola a los Romanos: «el Reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo»; y en los Hechos se dice: «La Iglesia gozaba de paz y se fortalecía y andaba en el temor del Señor llena de los consuelos del Espíritu Santo». Y por eso el Señor llama al Espíritu Santo «Paráclito», esto es, «Consolador»: «Más el Espíritu Santo, el Consolador...»

Igualmente también es propio de la amistad convenir con el amigo en lo que quiera. Ahora bien: la voluntad de Dios se nos manifiesta por sus preceptos. Luego pertenece al amor por el que amamos a Dios el cumplir sus mandatos, según San Juan: «si me amáis, guardaréis mis mandamientos». Luego al constituírnos el Espíritu Santo en amadores de Dios, nos mueve también, en cierto modo, a cumplir los preceptos de Dios según aquello del Apóstol: «Los que son movidos por el espíritu de Dios éstos son hijos de Dios».

Sin embargo, se ha de tener en cuenta que los hijos de Dios son movidos por el Espíritu Santo no como siervos, sino como libres. Pues siendo libre «el que es dueño de sí mismo», hacemos libremente aquello que hacemos por nuestra cuenta y razón. Y esto es lo que hacemos voluntariamente; mas lo que hacemos contra voluntad no lo hacemos libre, sino servilmente, ya haya violencia absoluta, como «cuando el principio es totalmente extrínseco, no cooperando nada el paciente», por ejemplo, cuando uno es im-

pelido por la fuerza al movimiento ya haya violencia con mezcla de voluntariedad, como cuando quiere uno hacer o padecer lo que menos contraría su voluntad, para evadir lo que más la contraría. Mas el Espíritu Santo de tal modo los inclina a obrar, que nos hace voluntariamente constituirnos en amadores de Dios. En conclusión, los hijos de Dios son movidos por el Espíritu Santo, libremente, por amor, no servilmente, por temor. Por eso el Apóstol dice: «no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor; antes habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos».

Ahora bien: estando ordenada la voluntad a aquello que verdaderamente es bueno, si se tiene en cuenta el mismo orden natural de la voluntad cuando el hombre se aparta de aquello que es bueno de verdad, ya por una pasión, ya por un mal hábito o una mala disposición, obra servilmente, en cuanto que es vencido por algo extraño. Pero si considera el acto de la voluntad en cuanto inclinada al bien aparente, obra libremente al seguir la pasión o un hábito corrompido; mas obra servilmente, permaneciendo tal voluntad, se abstiene de lo que quiere por el temor de la ley que establece lo contrario. Luego inclinando el Espíritu Santo por amor la voluntad al bien verdadero, al cual está ordenada por naturaleza, quita la servidumbre por la que, hecho el hombre esclavo de la pasión y del pecado, obra contra el orden de la voluntad; y también la servidumbre por la que obra según ley contra la inclinación de su voluntad, no como amigo de ella, sino como esclavo de la misma. Por lo cual dice el Apóstol: «Donde está el Espíritu del Señor está la libertad» y «Si os guiáis por el Espíritu, no estaréis bajo la ley».

Esta es la razón de que se diga que el Espíritu Santo mortifica las obras de la carne, en cuanto que al mortificar la carne no nos apartamos del verdadero bien, al cual nos ordena el Espíritu Santo por amor, según aquello: «Si con el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis».

Tauler enseña lo siguiente en su Sermón sobre *Io. 16, 8* y sigs.: «¿Cómo y qué argüirá Él (el Espíritu Santo)? Dará a conocer y mostrará si en el hombre vive el mundo oculto y encubierto, y de esto argüirá y acusará. Ahora bien: ¿qué es el mundo en nosotros? Mundo es la mentalidad, la acción, el influjo, la influencia del mundo, el sentir amor, dolor, placer, temor, tristeza, alegría, concupiscencia, anhelos, cuidados. San Bernardo ha dicho: Con todo lo que te causa alegría y tristeza, con todo eso serás juzgado. Hijos míos, esto es lo que descubrirá y mostrará en nosotros el Espíritu Santo cuando venga, y nos argüirá de ello. Y de que no encontramos nunca un momento de calma, a causa de que tenemos siempre en nosotros esta perniciosa obsesión, a no ser que sea expulsada. Y cuando no se tacha y se combate este mal pernicioso en el hombre, a saber, el estar poseído por las criaturas, sean muertas o vivas, todo esto es mundo; y cuando los hombres se obstinan en este mal, sin que nadie les arguya de ello, entonces es esto un signo de que el Espíritu Santo no ha venido todavía, porque Cristo habló la verdad cuando dijo: cuando venga Él argüirá de estas cosas y nos reprenderá a causa de ellas. Les reprenderá a causa del pecado. ¿Cuáles son los pecados? Vosotros lo sabéis, queridos hijos míos; Dios ha creado todas las cosas y a todas las cosas las ha señalado un orden divino conforme a su finalidad. Por eso es propio del fuego subir hacia arriba, y es una propiedad de la piedra el descender hacia abajo. Del mismo modo la Naturaleza ha capacitado al ojo para ver; al oído, para oír; a la mano, para obrar; a los pies, para andar;

y cada uno de los miembros se somete sin rebeldía a la voluntad natural del cuerpo, le sea fácil o no, le sea dulce o amargo, si la voluntad lo quiere enérgicamente, el miembro obedece, aunque sea a costa de la vida. Esto aparece con toda claridad en los amantes de este mundo, que renuncian a toda comodidad, a los bienes y al honor por amor de aquello que aman. Ahora bien: los pecadores dicen: ¿Quién obedece a Dios de tal modo que cumpla debidamente su voluntad y sus preceptos? ¿Dónde arriesgas tu cuerpo y bienes, amor y dolor, y renuncias a ti mismo y a todas las cosas, por amor de Dios, completamente convencido, siempre que Dios tiene que ser el soberano? Pues bien: éstos son los pecados que descubre el Espíritu Santo, a saber, que te opones a su voluntad y a sus amonestaciones siempre y en tanto que resistes, con lo cual pecas a menudo y en sumo grado. Esto y muchos defectos ocultos reprobada y condena el Espíritu Santo cuando viene; y esto ocasiona un juicio rápido y penas infernales y un tormento desagradable, cosas que no conoce la gente que vive naturalmente. La aparición de un juicio en la verdad es un signo verdaderísimo de que el Espíritu Santo está presente verdaderamente. Esto es más que cierto. Porque miles de defectos que tú conoces en verdad, y de los cuales te acusas, serían menos peligrosos y perniciosos que uno solo que tú no conozcas, y del cual no quisieras ser argüido, y por el cual no sientas dolor y miedo, sino que te parece que tienes razón en todo. Hijos míos, la gente a la cual las cosas propias les parecen bien, mientras que les parecen mal las acciones de los otros, éstos son defectos peligrosos, y tal gente no llegará nunca a ser nada.

Además, el Espíritu Santo juzgará y argüirá a causa de la justicia. ¡Oh hijos míos, qué cosa tan vana es nuestra justicia ante los ojos de Dios! San Agustín ha dicho: ¡Ay de la justicia, si Dios no la juzga según su misericordia! Y nuestro Señor habló por boca de Isaías: Vuestra justicia es inmundicia ante mis ojos. Nuestro Señor ha dicho: Cuando hayáis hecho todo lo que podáis, decid no obstante: siervos inútiles somos. El que se tiene por algo, siendo en realidad nada, ése se engaña a sí mismo, como ha dicho San Juan. A muchos les gusta tanto su propio comportamiento que no quiere dejarse amonestar ni por Dios ni por otros, y se guardan de dejarse amonestar por Dios, como si se tratase de conservar los ojos de la cara. Si viene nuestro Señor mismo con una amonestación, directa o indirectamente, oponen a ella su propio modo de ser y no les importa ni una pizca tal amonestación. Estas son gentes indóciles. Si el Espíritu Santo estuviese presente, les argüiría de su comportamiento. Porque donde está presente el Espíritu Santo, el hombre reconoce con claridad sus deficiencias y aprende a ser dócil y humilde en todo.

Finalmente, a causa del juicio: ¿Qué es este juicio? Todos pretenden poder juzgar; pero nadie tiene presente su propio enjuiciamiento y sus mayores faltas. Y no obstante Cristo ha dicho: Con la medida con que midieres, con ella has de ser medido tú también. Y Él ha dicho también: No juzgues para que no seas juzgado tú también. Un santo ha dicho: Tantos hombres cuantos tú oprimes con tu juicio, bajo tantos serás oprimido. Hay personas que pretenden ser sacerdotes y Provinciales y juzgar a todos, y no saben en absoluto lo que ellos mismos son. Sabed que levantáis muros fuertes y espesos entre Dios y vosotros. Hijos míos, por amor de Dios y de vuestra alma y de vuestra vida eterna os digo que no juzguéis a nadie, a no ser a vosotros mismos. No hay que condenar, excep-

## TEOLOGIA DOGMATICA

tuando el pecado mortal. Prefiero morderme dolorosamente la lengua que juzgar de otro. Esto surge del orgullo y de la arrogancia, esto es semilla disfrazada del enemigo, y el Espíritu Santo no está aquí. Pero cuando el Espíritu Santo juzga por medio del hombre, en caso de que sea necesario, entonces conviene escoger el lugar y tiempo oportunos, según las circunstancias. No hay que obrar de tal manera que al intentar curar una herida se ocasionen dos; y no de tal manera que con palabras, gestos y desprecio se humille y rebaja al prójimo en el corazón de los otros, sino todo con amor y mansedumbre y de tal modo que el hombre no se olvide a sí mismo, en humildad y pobreza de espíritu. Y de esta manera ha de comportarse donde quiera que esté y en todo lo que haga, esté solo o con otros, y debe cuidarse de sus propias cosas en actitud de sencillez, no entrometiéndose en lo que no le importa y no le ha sido encomendado... Cuando venga el Espíritu Santo, os enseñará todas las cosas y cosas futuras. Queridos míos, esto no quiere decir que nos va a enseñar cómo se puede poner término a este o a aquel litigio, o cómo crecerá bien el grano, no; no, hijos míos, no es eso. Sino todas las cosas, es decir, cosas necesarias para vivir una vida verdadera y divina, y para conocer a fondo la verdad y la astucia de la naturaleza» (*Deutsche Mystiker*, vol. VI; Tauler, págs. 25-30).

Como hemos expuesto en el párrafo precedente, la Teología occidental considera como apropiaciones muchas cosas que, según la Teología griega, pertenecen a la esfera de lo *propium*.